

# Tiempo histórico, gramática y filosofía

## OFELIA AVELLA

Nace en Caracas en 1967. Es licenciada en Letras (UCV) y Magister en Filosofía (USB); también cuenta con un diplomado en Teología (UMA).

Se ha dedicado a la docencia desde hace más de 20 años en las áreas de filosofía y arte a nivel escolar en los siguientes colegios: Los Campitos, el Instituto de Capacitación Profesional Los Samanes y el Mater Salvatoris.

Desde hace siete años, es profesora agregada en nuestra Casa de Estudios, adscrita al Dpto. Didáctica/Humanidades desde donde imparte las siguientes materias: "Conceptos y Problemas de Filosofía", "Filosofía Moderna", "Lenguaje y Universalidad" y "Lengua Española", entre otras.

Toda reflexión acerca del tiempo resulta siempre muy interesante, pues advertimos que su "paso" es algo que nos afecta a todos. Ahora bien, plantearse qué relación guarda el tiempo histórico con la gramática y la filosofía puede parecer, a primera vista, una pretensión un tanto arbitraria.

Si atendemos, sin embargo, a lo que es el tiempo y su relación con la historia, tanto como con el lenguaje (ya explicaremos por qué digo "gramática") y la filosofía, la aparente arbitrariedad empieza a dejar de percibirse como tal.

A la Historia le corresponde el estudio del pasado de la humanidad. Podríamos decir que le interesan los sucesos que han acontecido y seguirán aconteciendo, de hecho, a lo largo del "tiempo". Este "tiempo", como vemos, dice relación al movimiento, al paso de los años, como período que implica cambios circunscritos a ciertos límites o términos, lo cual sugiere ya la conexión de la historia con la filosofía.

Aristóteles define el tiempo como "la medida del movimiento según el antes y el después"<sup>1</sup>, y aunque no lo identifica con el movimiento, sí advierte una relación con él, pues se mide lo que cambia y lo que se mueve cambia de algo a algo. Sabemos bien que estos períodos de tiempo llamados "históricos" son medidos mentalmente por los hombres, pues el *antes* y el *después* de ciertos momentos claves constituyen puntos de referencia que han sido determinados por

<sup>1</sup> Física, IV, 11, 219b 1.

nosotros. Ahora bien, tales momentos, fijados como claves ciertamente por los hombres, debido a la calidad, magnitud y trascendencia del suceso en cuestión, no se detienen en su realidad fenoménica por razón de nuestra medición.

El tiempo parece ser, así, “algo más” que una pura relación ideal, que una simple medida mental. El *antes* y el *después* parece relacionarse con el movimiento efectivo, real, de las cosas en el mundo. No constituyen sólo puntos de referencia que “ponemos” nosotros en relación a un suceso que nos interesa “fijar”, ya que se mide lo que cambia, como hemos dicho.

Este movimiento se relaciona, claro está, con el lugar y con el trayecto recorrido por aquello que cambia, pues si bien es cierto que no todo cambio lo es de “lugar” (en el sentido de traslación de “un” lugar a “otro”), no es menos cierto que todo cambio dice relación a un *antes* y un *después* como puntos que lo limitan y circunscriben *al lugar* donde aconteció. Si lo que cambia es “algo”, todo “algo” sujeto a la materia dice relación a un lugar. Este, como límite inmóvil, es distinto de aquello que cambió.

Lo dicho permite entrever las relaciones implícitas, subyacentes, entre la historia y la filosofía, pues el “tiempo” como realidad, afecta a las cosas concretas, las cuales, vistas en el orden puramente material de las causas y efectos, me atrevería a traducir como “sucesos”, “acontecimientos” en los que el tiempo *transcurre*.

El *en* sugiere que son precisamente las cosas las que cambian y *en* las que el tiempo transcurre. Así, pues, “la existencia del tiempo no es posible sin la del cambio; de hecho, cuando no cambia nada en nuestro ánimo o no advertimos que algo cambie, nos parece que el tiempo no transcurre”<sup>2</sup>.

Ahora bien, estas cosas que cambian y que en relación con otras traducimos como “sucesos” son las mismas acerca de las cuales hablamos o “decimos” algo. Es aquí donde intentaremos sugerir la relación del lenguaje con la historia y la filosofía, de modo que podamos discurrir con mayor soltura por los caminos de una visión más amplia de la realidad.

Decir algo acerca del lenguaje es siempre “cosa” difícil, pues experimentamos la necesidad de hablar, de transmitir ciertas afecciones del alma, al tiempo que advertimos lo arduo que puede resultar lograr-

lo con claridad. Expresar *por qué* sucede esto se hace aún más cuesta arriba, aspecto que intentaremos abordar.

Con el lenguaje sucede lo que al conocimiento con la realidad: hay una serie de niveles que debemos horadar para lograr *decir* y *conocer* las cosas en profundidad. Ahora bien, lo que se dice parece que debe antes conocerse, pues si no, ¿qué diría y sobre qué hablaría? El “decir” parece seguir al conocer. Por ello todo “decir” es correlativo a la atención sosegada y penetrante de la realidad. Es precisamente aquí, en el punto del común origen de lo conocido, donde se entronca el íntimo enlace entre el lenguaje y la filosofía, ya que las acciones de hablar y de pensar no son posibles sin el conocimiento de “lo que es”. Ahora bien, eso mismo que “es” constituye aquello que cambia en la historia, aquello que enmarco según un *antes* y un *después*.

Aquello conocido, en definitiva, sobre lo cual habré de decir “algo”, parece ser lo que cambia.

## II

Esos niveles que descubrimos *en* la realidad, van como desvelándose progresivamente a lo largo de la vida si la mirada va adiestrándose a percibir algo más que “cosas”. Para percibir, sin embargo, “lo enigmático” o “trascendente” *en* las cosas, como diría Zubiri, hay que observar atentamente todo aquello que me rodea. El “adiestramiento” de esta mirada precisa de un “entrenamiento” de la atención para lograr “fijarla” realmente en el objeto. Advertimos que cuando un niño pequeño empieza a descubrir el mundo, cosas muy concretas captan su entera atención. Un gusano que avanza lentamente sobre una hoja puede hechizar al niño por mucho tiempo; un colibrí que vuela sobre una flor, también. Ver a la gelatina “temblar”, a las nubes moverse, tanto como a un perrito saltar, son cosas todas que asombran la mirada infantil. Los niños pueden distraerse por mucho tiempo con un solo objeto entre manos, así como con una simple actividad. La cantidad de estímulos, sin embargo, a que estamos todos sometidos hoy en día *vierten* estas miradas originarias hacia múltiples direcciones, debilitando así la concentración inicial. No es gratuito que en nuestras ciudades pululen las posibilidades de *di-versión*, esto es, de “ayudarnos” a verter nuestra atención hacia puntos diversos.

2 *Ibid.*, 218b, 21.

Observar una cosa y descubrir todos sus detalles es algo que lleva tiempo y los niños, como buenos pedagogos, parecen saberlo bien. Sucede que con esta fijación de la mirada, la inteligencia va habituándose a contemplar con sosiego, ya que la atención hacia el objeto tiende a lograr dominarla. Es precisamente este detenimiento ante las cosas lo que permite conocerlas; el atolondramiento genera confusión e impide “registrar” realmente aquello “visto”, pues una cosa es “ver” y otra “contemplar”, lo cual implica mirar con atención.

Quien “ve” a “vuelo de pájaro” sólo capta a un nivel cuyo “registro”, por cierto, se difuminará rápidamente entre muchas otras imágenes. Quien “conoce” se detiene con atención, pues se detuvo también a mirar; lo conocido, correlativamente, ha tenido el chance de “quedarse” en la inteligencia que lo conoció. A esta captación de la cosa sigue, como exigencia de la comprensión, el “decir” algo acerca de esa cosa.

El *logos* griego tenía unas implicaciones interesantes, pues no sólo era “razón”, sino “palabra”. De algún modo era también “sentido”, ya que la comprensión de lo conocido está implicada en el “decir”.

Vemos así como los niveles de la realidad a los que aludí van poniéndose de relieve poco a poco, pues si bien es cierto que las descripciones acerca de lo visto pueden ser todas muy gráficas, no es menos cierto que algunas son más agudas y penetrantes, por sustanciales quizás.

El exceso de adjetivación corresponde a un nivel de observación. Los adjetivos van requiriéndose más adecuadamente cuando parece haberse identificado aquello que cautivó la atención, es decir, cuando se ha trascendido el registro de “cómo es la cosa” para captar propiamente lo que “es”. En este punto se asciende ya a otro nivel de captación. Digo ascender porque la “altura” permite ver lo ilimitado que resulta el horizonte. Cuando se ahonda, sin embargo, también se penetra en las profundidades que permiten vislumbrar la amplitud. Ahondar y ascender apuntan aquí a una misma realidad, pues los extremos se tocan cuando se intenta hablar sobre el núcleo de la realidad.

De aquí que a la necesidad de expresión le sea correlativa la experiencia de las limitaciones del lenguaje, tanto como el descubrimiento de su flexibilidad. Sus posibilidades se revelan a quien le *urge* decir algo, no obstante sea el símbolo, o incluso el si-

lencio, lo que termine por describir mejor aquello que se captó y se intentó “decir”. Al rebasar la denotación, el lenguaje connotativo sugiere “los enigmas de la existencia”, pues al indicar que el lenguaje “preciso” es limitado, pone de relieve que *la trascendencia* se oculta en la estructura misma de la realidad.

Esa urgencia por “decir” lo que se experimenta incomunicable revela, en fin, que conocemos *algo excedente* en la estructura de lo real; algo que “por inmensamente abierto y trascendente” exige la apertura y flexibilidad del lenguaje polisémico.

Gadamer lo describe bien cuando observa lo siguiente:

Son, sobre todo, los poetas quienes hacen uso de la flexibilidad de la capacidad lingüística más allá de las reglas, más allá de la convención y, no obstante, dentro aún de las posibilidades que el mismo lenguaje ofrece, saben expresar lo no dicho. Si pensamos en los casos particulares del niño y del genio, entonces nos damos cuenta de hasta qué punto nosotros, como sociedad humana, hemos de ser tomados en consideración para modelarnos en ella. En el aprendizaje del lenguaje se articula una experiencia con la que nos familiarizamos bien y que representa un verdadero tesoro. Se trata de una orientación en el mundo transformable con bastante facilidad. Durante mi infancia aún me enseñaron a decir “pez ballena”. Hoy todos decimos “ballena”. Se ha grabado en la conciencia de todos nosotros que las ballenas son mamíferos y no peces. Así que la misma lengua tiene en cuenta, otra vez, la experiencia. Pero, en conjunto, se trata de una peculiar doble direccionalidad de nuestra capacidad creativa. Por un lado, somos capaces de generalizar y de simbolizar, como es manifiesto, especialmente, en el milagro del lenguaje articulado; y, sin embargo, por otro lado, esta capacidad de figuración lingüística está, por así decir, encerrada en límites que ella misma establece. Se transforma, por decirlo así, en crisálida sin volver a mover las alas como las mariposas<sup>3</sup>.

Conocimiento y palabra se revelan, en definitiva, como intrínsecamente relacionados; y aquello que se conoce “es” ciertamente, y “acontece” *en* el tiempo. Vemos así cómo “palabra” y “acontecimiento” desvelan, de igual modo, su íntima relación, pues todo

3 Hans-Georg Gadamer, *Arte y verdad de la palabra*, Editorial Paidós, Barcelona, 1998. pp. 138-139.

suceso está transido de sentido, de lógica interna, que por cognoscible es, correlativamente, “decible”. La tensión que se experimenta, además, por lograr decir lo “no dicho”, obedece a que lo acontecido transcurre, precisamente, *en el tiempo*. La palabra intenta “alcanzar” lo que transcurre. De aquí “la urgencia” que aguijonea a quien precisa “decir” algo acerca del suceso.

Podríamos deducir, además, que la dinámica del conocer implica la del “decir”, pues lo conocido se comprende mejor haciéndolo legible o entendible a otros, precisamente porque se le ha de “ajustar” al vehículo del pensamiento, el cual es el habla. Encontrar el modo idóneo de “decir” algo supone encontrar la palabra “justa”, “precisa”, aunque se experimente también la insuficiencia del lenguaje al tocar los temas relativos a los niveles más profundos de la realidad.

Al “ajustar” el pensamiento a la palabra “detenemos” un poco el tiempo y esto, a quien experimenta la necesidad de “decir” algo acerca de lo real, confiere una paz que ciertamente dura poco, pues el transcurrir del tiempo y la sucesiva re-comprensión de lo conocido suscita a seguir buscando nuevos modos de expresión.

Por eso el lenguaje, en su flexibilidad, participa de la movilidad del tiempo, pero también, de la permanencia que intenta fijar en palabras. Lo que permanece está contenido de algún modo en lo que cambia, y la palabra, signo del pensamiento que captó lo que los ojos *no vieron*, detiene el tiempo en un presente que participa de la eternidad, de esa “posesión total y simultánea de una vida interminable”, según la clásica definición de Boecio. A la experiencia de que el tiempo “no transcurre” cuando se capta lo estable y se le ha fijado en palabras, le es correlativa una intensa percepción de la actualidad; de aquí el sosiego que se experimenta cuando la palabra ha logrado “alcanzar” y “articular” un aspecto del ser.

La tensión por decir lo *no-dicho*, como refiere Gadamer, responde a la condición de nuestra naturaleza, a esa realidad de que vivimos entre el tiempo y la eternidad. De aquí que resulte difícil, imposible, ciertamente, articular en palabras lo que está en *transcurso*.

### III

Intentaremos decir algo acerca de las relaciones entre el conocimiento y el lenguaje (gramática), para

hilar luego con las relativas a la palabra con el acontecimiento (historia).

Ahora bien, conocemos ciertamente las cosas y podríamos decir que éstas “son”. Conocemos, así, lo que “es” de algún modo, sin entrar aquí en la discusión de lo distinto que es un unicornio azul en mi mente a un caballo real que veo correr. Ambas cosas “son” de modo diverso, pero nos interesa ahora centrar nuestra atención en la realidad de su “ser”, más que en los diversos modos en que las cosas pueden, de hecho, “ser”.

Cuando conocemos advertimos una cierta paradoja en el modo en que captamos las cosas, pues percibimos que éstas cambian, pero también que “algo” en ellas permanece. Cuando describimos “cómo” son estas cosas que captamos nos ubicamos en ese nivel de registro un tanto superficial que nos mantiene advirtiendo lo cambiante en las cosas. Por este camino nos centramos más en el “funcionar” de las cosas y en el “qué hacer” con ellas, en lugar de procurar atender a “qué” son y a dejarnos asombrar por el hecho de que “sean”. Esto último no implica que después no haga “algo”, evidentemente, con las cosas.

Lo que intento señalar es que las cualidades o características de las cosas observadas se desvelan con toda su brillantez cuando la mirada se ha asombrado ante la realidad de su ser. Esta captación del ser de las cosas se hace en un presente cuya instantaneidad trata de retenerse, es decir, de “atajarse” con una mirada atenta. Este intento de “retener” lo que las cosas son, sin embargo, se hace *en* un tiempo que transcurre, según hemos dicho, inexorablemente y amenaza con alterar esas cualidades de las cosas que la mirada registró con atención.

Los pensamientos intentan objetivar lo conocido, pero corresponde mucho más al lenguaje fijarlo a través de unas palabras que hacen las veces de guardianas del presente, pues el tiempo pasa y se lleva consigo todo aquello que se ha visto y corre el peligro de diluirse en la memoria. Los sentidos no retienen los detalles y aunque lo conocido permanezca por más tiempo, si hubo atención y reflexión, está siempre acosado por la posibilidad del olvido.

La palabra, en cambio, retiene, fija, y esto a pesar del transcurrir de los siglos. Por otra parte, cuando en la cotidianeidad “decimos” algo, esto sucede, sin que quizás lo advirtamos, *en presente*, pues éste es cierta-

mente, el único tiempo real; es de hecho *el tiempo* en que conocimos lo que “ahora” decimos, ya que “somos” siempre *en presente*. Por eso el acto de la palabra, como diría Andrés Bello, constituye el punto de referencia de toda medición según un *antes* y un *después*, pues sólo el “decir” *en presente* puede señalar el grado de co-existencia de lo vivido o de lo por vivir con respecto al ahora desde el cual se “es” y por ello, habla.

El acto de la palabra constituye, en definitiva, el punto clave desde el cual se mide todo tiempo verbal; de aquí que acotáramos que si bien se sugieren siempre las relaciones del conocimiento con el lenguaje, deben aún más sugerirse, como efectivamente se ha hecho, con su “sustrato” lingüístico, el cual es la gramática. El habla dice relación a la realidad, ya que ontológicamente se funda en ella, pero su estructura “material”, por decirlo de algún modo, es sin lugar a dudas, la gramática. Esta regula el orden de los pensamientos, tanto como la lógica, pues el vehículo del pensar, según dijimos, es el habla y su estructura, la gramática.

Ahora bien, “en el lenguaje hay una apertura ilimitada a la formación continua. El lenguaje no es el sistema de reglas que tiene en la cabeza el maestro de escuela o que abstrae el gramático. Cualquier lenguaje está permanentemente en vías de transformación. Puede ser que se vaya desgastando la estructura gramatical de nuestro lenguaje, mientras que su vocabulario se va enriqueciendo. Sin embargo, en una gramática que se va desgastando siempre se conservará algo de la riqueza prosódica que hay en el habla”<sup>4</sup>.

La estructura gramatical puede alterarse porque también el habla está sujeta al cambio. Las palabras son signos convencionales que “materializan” los pensamientos, en muchos sentidos también cambiantes. La referencia última de aquello que decimos, eso que hemos intentado comprender y revestir del ropaje lingüístico es, sin embargo, el “ser” de las cosas: eso invariable que posibilita precisamente “fijar” lo mudable.

El acto del habla “es” también, por otra parte, siempre *en presente*, pues siempre “somos” según un *antes* y un *después*. Ese “ahora” en el que “somos”, y desde el cual hablamos, resulta ciertamente difícil de atajar, pero advertimos que “es”. Por eso el pasado se mide desde él, tanto como el futuro. Esta fundación ontológica a la que me referí

conecta el lenguaje con la realidad, mediando, claro está, la inteligencia, pues si bien el conocer precede al decir, el ser funda el conocer. Lo conocido “es”; y lo que “es” es siempre en presente. Cuando conozco lo hago en presente; de aquí que el acto del habla también transcurra en presente, pues tanto como lo conocido, quien conoce también “es” de modo habitual.

#### IV

Ahora bien, ¿por qué acudo con tanta insistencia al verbo “ser” y a su carácter de actualidad real?

Sucede que no sólo hablamos, sino que *recordamos* desde el presente, lo cual implica traer a la memoria ese “pasado de la humanidad” cuyo conocimiento o estudio llamamos Historia.

La inquietud que me mueve a desear sugerir las conexiones entre la filosofía, el lenguaje y la historia no es otra que el paso del tiempo y sus límites con la permanencia, entendida ésta como apertura a la trascendencia.

Ontológicamente hablando, el pasado *ya fue* y por eso *no es* en términos de *ser*, esto es, de actualidad. El futuro, como realidad *no existente*, tampoco tiene entidad ontológica, pues tampoco es. El presente, siempre real, se impone así como punto estable, si bien lo que decimos y vivimos *en él* pasa a ser pasado casi instantáneamente. Nosotros “somos” siempre de modo estable. Lo dicho y vivido parece, sin embargo, continuar en nosotros a modo de presente distendido.

Esta distensión la experimenta la memoria, pues lo que *fue* en un tiempo se actualiza *en presente*. La historia recordada es, así, pasado actualizado.

Ahora bien, ¿por qué estudiar el pasado? ¿Por qué traer a la memoria algo que ya ocurrió? ¿Tiene aquello algo que ver conmigo?

Si el estudio de lo que *fue* se limitara sólo a recordar, una tal actividad no parecería, de hecho, tener mucho sentido, salvo por el cultivo personal que implicaría. Lo ocurrido en un tiempo anterior tanto en el plano personal como en el relativo a los sucesos o acontecimientos, permanece en nosotros, sin embargo, mucho más que a modo de recuerdo. El pasado no se actualiza exclusivamente en la memoria; se haya también “distendido” en la actualidad de las cosas. De aquí que permanezca, de hecho, *afectándonos*.

4 *Ibid.*, pág. 143.

Es cierto que el pasado *fue* y no es, pero efectivamente *fue*. De aquí que nos haya afectado y siga *siendo* a modo de incidencia en nuestra vida. Así como lo conocido permanece en nosotros, los efectos de nuestro obrar también. Conocer y amar, pensar y decidir son operaciones inmanentes; de aquí que nos transformen, permaneciendo así en nosotros sus efectos.

Por ello el pasado, esto es, *lo ocurrido*, permanece “distendidamente” en las formas culturales de todo pueblo o grupo humano “afectado” por el obrar de sus antepasados. La configuración de nuestras mentalidades la debemos de algún modo a la “institucionalización” de un obrar humano anterior. ¿Cómo no advertir, entonces, que el presente no se entiende sin el pasado? ¿Cómo cambiarlo, o rectificarlo, si fuese necesario, si ignoramos las razones de nuestro estado actual?

Así, cuando estudiamos el pasado, no sólo cambia nuestra visión de las cosas, por razón de la remodelación que ha sufrido nuestra inteligencia al conocer. Nosotros mismos cambiamos al quedar nuestro presente iluminado por el conocimiento de ciertas causas de nuestro obrar o de nuestra situación actual que desconocíamos. Esta iluminación que provee el conocimiento permite enraizarnos aún más en el presente comprendiéndolo mejor, pues éste es ciertamente el único tiempo real y en el que estamos siempre instalados. Esto permite también anticiparnos a un futuro posible, por fundarse en una realidad captada como “es”.

Sucede una cosa curiosa y es la siguiente: sólo quien vive en presente parece interesarse por el pasado. Quien vive abocado a un futuro que no ha llegado no sólo suele desear “ganarle” siempre al tiempo y prescindir incluso de su paso, eludiendo así la sustancialidad del presente, sino que desdeña todo tiempo pasado como letra muerta.

Que el pasado, pues, interese sólo a quien vive conscientemente *en* presente resulta interesante por una precisa razón: el pasado *fue* efectivamente y el presente es ciertamente. Así, quien vive consciente de que “es” desea conocer a fondo las razones que expliquen su “ser así”, digamos, tanto como su “poder ser”, basado en el conocimiento de su realidad. De aquí que advierta, tarde o temprano, que las causas de las cosas y de su “ser así” ha de buscarlas en un tiempo anterior, tanto en el ámbito de lo personal como en el social.

La reducción del “tiempo” a una categoría mental con la que medimos la eficacia de las horas de un día, no puede sino conducirnos a la planificación de un futuro que se advierte como “progreso indefinido” en el ámbito de lo puramente material. Los avances tecnológicos no pueden deslumbrarnos hasta el punto de cegarnos en lo relativo al sentido de la historia, del obrar humano y del valor de las relaciones interpersonales. Nuestras sociedades no han de ser sólo eficientes sino humanas. Por eso el presente, con toda la carga dramática que pueda tener si hemos de advertirlo en su realidad, así como con toda la fatiga que puede a veces acarrear enfrentarlo, constituye el único tiempo desde el cual podemos descubrir el sentido a las cosas.

Eludir el presente conduce a desdeñar el pasado, pues advertir lo que “es” está íntimamente enlazado a conocer aquello que “fue”. La independencia que irreflexivamente se genera con respecto al pasado se hace usualmente desde un presente “no vivido” *en presente*, sino abocado a un futuro sin basamento en lo real. Este tiempo *no llegado aún* se percibe a veces como un escape, como una salida, como un deseo de eludir una realidad que se desearía distinta y se percibe sin sentido, en definitiva.

El presente está transido de sentido porque es real. Y esta lógica interna es la que hemos de procurar conocer si hemos de instalarnos en esta vida sin rehuirla con todos sus altibajos.

Esta realidad, traducida en momentos concretos y en otros de dimensión más social, los cuales llamamos “acontecimientos”, son aquellos sobre los cuales “hablamos”. El desdén del presente, tanto como del pasado va por eso ligado a la pobreza del lenguaje, pues se “dice” lo que se conoce y se sabe, y si esto falta, ¿sobre qué habremos de hablar?

Resultan interesantes unas palabras de Gadamer al respecto, “pues urge replantearse por qué no podemos dejar que el lenguaje se deteriore”<sup>5</sup>:

(...)Por otro lado, en lo que afecta al vocabulario, no deberíamos estar ciegos ante el hecho de que la instancia intermedia del mundo de los ordenadores, que llegará a dominar nuestro lenguaje escrito, pone, con seguridad, estrechos límites a la riqueza léxica del posible entendimiento mutuo, de manera que, por así

5 Ofelia Avella, *Cultura y verdad*, ensayo inédito, pág. 31

decir, venimos a parar en un código que representa un obstáculo para nuestra capacidad lingüística y que fuerza su anquilosado marco de reglas con violencia maquina<sup>6</sup>.

Las limitaciones del lenguaje, tanto como su flexibilidad, en cambio, son realidades que se experimentan al procurar desentrañar el sentido de las cosas. “El deterioro del lenguaje, por el contrario, cierra el horizonte y reduce el mundo a contextos limitados, pues la carencia de palabras que remitan a una realidad bien sea exterior o interior, imposibilita no sólo el diálogo sino el conocimiento propio.(...)En un contexto así, las relaciones humanas se reducen a un intercambio de manifestaciones corporales, materiales, que hacen creer que se está efectivamente compartiendo “algo”. Se comparten “cosas”, incluso los propios cuerpos, pero no la intimidad”<sup>7</sup>.

La urgencia con que se requiere a veces la diversión, así como la prisa con que se vive, arrancan de nuestras vidas su más íntimo sentido sin que apenas nos demos cuenta. El lenguaje se resiente, pues la atención sosegada de las cosas se ha ido acelerando, y así, a este ritmo, el desasosiego y la desorientación encuentran sus bases dispuestas para instalarse y dominarnos, si no reaccionamos.

Sin embargo, el presente, por “ser”, está cargado de bondad siempre estable y permanente; ontológicamente hablando, puede más que su contrario, que es la deficiencia y la carencia. Por eso hace las veces del límite del mal, por decirlo así, pues a la ignorancia se le vence con el estudio y a la pobreza del lenguaje con el incentivo a la lectura y al conocimiento.

No es tarea fácil la de vencer la carencia con el saber, pero a la deficiencia lingüística le queda todavía la capacidad de hablar y la ignorancia, por decirlo de algún modo, reposa en una inteligencia que “no sabe”, pero puede saber.

Aquello que intentamos “salvar” del paso del tiempo es lo que posteriormente fijamos en palabras “idóneas”. Estas traslucen lo conocido como valioso, lo cual constituye, pienso yo, ese fondo de bondad que se oculta en la realidad. Por ello parece siempre posible transmitirlo y exhortar a contrarrestar el deterioro del lenguaje, la ignorancia del pasado y el

desinterés por conocer y saber aún más, pues sólo así cobrará auténtico sentido toda vida, toda palabra y todo suceso.

#### BIBLIOGRAFÍA

---

Agustín, san, *Las confesiones*, BAC, Madrid, 1979.

---

Aristóteles, *Metaphysics*, *The University of Chicago, The great books, Tomo 8, The works of Aristotle, volumel, Encyclopaedia Britannica, 1952.*

---

\_\_\_\_\_, *Physics*, *The University of Chicago, The great books, Tomo 8, The works of Aristotle, volume I, Encyclopaedia Britannica, 1952.*

---

\_\_\_\_\_, *On the soul*, *The University of Chicago, The great books, Tomo 8, The works of Aristotle, volume I, Encyclopedia Britannica, 1952.*

---

Avella, Ofelia, *Cultura y verdad*, ensayo inédito.

---

Bazó, Abelardo, *Ser temporal y Dios eterno en el pensamiento de Tomás de Aquino. Una aproximación filosófica*, Luis Felipe Capriles editor, Caracas 2008.

---

Bello, Andrés, *Gramática de la lengua castellana*, Colección Edad universitaria, Madrid 1982.

---

Gadamer, Hans-Georg, *Arte y verdad de la palabra*, Editorial Paidós, Barcelona 1998.

---

---

6 *Op. cit.*, pág 143.

7 En Ofelia Avella, *Ibid*